

HEREDIA Y HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE (1803-1839)

POEMAS FILOSÓFICOS E HISTÓRICOS

INDICE:

VANIDAD DE LAS RIQUEZAS
AL POPOCATEPETL
EN EL TEOCALLI DE CHOLULA
INMORTALIDAD
POESÍA
NAPOLEÓN
SÓCRATES
CATÓN
PLACERES DE LA MELANCOLÍA
FRAGMENTOS
AL COMETA DE
A SILA
LOS COMPAÑEROS DE COLÓN
CONTEMPLACIÓN
PROGRESOS DE LAS CIENCIAS
FRAGMENTO
ATENAS Y PALMIRA
MISANTROPÍA
A LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

VANIDAD DE LAS RIQUEZAS

Si la pálida muerte se aplacara
Con que yo mis riquezas le ofreciera,
Si el oro y plata para sí quisiera,
Y a mí la dulce vida me dejara;

¡Con cuánto ardor entonces me afanara
Por adquirir el oro, y si viniera
A terminar mis días la Parca fiera,
Cuán ufano mi vida rescatara!

Pero ¡ah! no se libentan de su saña
El hombre sabio, el rico ni el valiente:

En todos ejercita su guadaña.

Quien se afana en ser rico no es prudente:
Si en que debe morir nadie se engaña,
¿Para qué trabajar inútilmente?

AL POPOCATEPETL

Tú que de nieve eterna coronado
Alzas sobre Anahuac la enorme frente,
Tú de la indiana gente
Temido en otro tiempo y venerado,
Gran Popocatepetl, oye benigno
El saludo humildoso
Que trémulo mi labio te dirige.
Escucha al joven, que de verte ansioso
Y de admirar tu gloria, abandonara
El seno de Managua delicioso.

Te miro en fin: tus faldas azuladas
Contrastan con la nieve de tu cima,
Cual descuellas encima
De las cándidas nubes que apiñadas
Están en torno de tu firme asiento:
En vano el recio viento
Apartarlas intenta de tu lado.
¡Cuál de terror me llena
El boquerón horrendo, do inflamado
Tu pavoroso cóncavo respira!
¡Por donde ardiendo en ira
Mil torrentes de fuego vomitabas,
Y el fiero tlascalteca
El ímpetu temiendo de tus lavas,
Ante tu faz postrado
Imploraba lloroso tu clemencia!
¡Cuán trémulo el cuitado
Quedábase al mirar tu seno ardiente
Centellas vomitar, que entre su gente
Firmísimos creían
Ser almas de tiranos,
Que a la tierra infeliz de ti venían!

Y llegará tal vez el triste día
En que del Etna imites los furores,

Y con fuertes hervores
Consigas derretir tu nieve fría,
Que en torrentes bajando
El ancho valle inunde,
Y destrucción por él vaya sembrando.
O bien la enorme espalda sacudiendo
Muestras tu horrible seno cuasi roto,
Y en fuerte terremoto
Vayas al Anahuac estremeciendo,
Y las grandes ciudades
De tu funesta cólera al amago,
Con miserable estrago
Se igualen a la tierra en su ruina,
Y por colmo de horrores
Den inmenso sepulcro
A sus anonadados moradores...
¡Ah! ¡nunca, nunca sea!
¡Nunca, oh sacro volcán, tanto te irrites!
Lejos de mí tan espantosa idea.

A tu vista mi ardiente fantasía
Por edades y tiempos va volando,
Y se acerca temblando
A aquel funesto y pavoroso día
En que Jehová con mano omnipotente
La ruina de la tierra decretara.
El Aquilón soberbio
Bramando con furor amontonara
Inmensidad de nubes tempestuosas,
Que con su multitud y su espesura
La brillantez del sol oscurecieron:
Cuando sus senos húmedos abrieron
El espumoso mar se vio aumentado,
Y entrando por la tierra presuroso,
Imaginó gozoso
A su imperio por siempre sujetarla.
Los hombres aterrados
A los enhiestos árboles subían,
Mas allí no perdían
Su pánico terror: pues el Océano
Que fiero se estremece
Temiendo que la tierra se le huye,
A todos los destruye
En el asilo mismo que eligieron.
Acaso dos monarcas enemigos
Que en pos corriendo de funesta gloria,

Sobrados materiales a la historia
En bárbaros combates preparaban,
Al ver entonces el terrible aspecto
De la celeste cólera, temblaron:
En un sagrado templo guarecidos,
De palidez cubiertos se abrazaron,
Y al punto sofocaron
Sus horrendos rencores en el pecho.
Pero en el templo mismo
Los furores del mar les alcanzaban
Que con ellos y su odio sepultaban
Su reconciliación y su memoria.

Revueltos entre sí los elementos,
Su terrible desorden anunciaba
Que el airado Criador sobre la tierra
El peso de su cólera lanzaba.

Tú entonces, del volcán genio invencible.
El ruido de las ondas escuchaste,
Y al punto demostraste
Tu sorpresa y tu cólera terrible.
Cual sacude el anciano venerable
Su luenga barba y cabellera cana,
Tal tú con furia insana
La nieve sacudiste que te adorna,
Y humo y llamas ardientes vomitando,
Airado alzaste la soberbia frente,
Y tembló fuertemente
La tierra, aunque cubierta de los mares.
Entonces dirigiste
A la ondas la voz, y así dijiste:
¿Quién ha podido daros
Suficiente osadía,
Para que a vista mía
Mi imperio profanéis de aqueste modo?
Volved atrás la temeraria planta,
Y no intentéis osadas
Penetrar mis mansiones, visitadas
Sólo del aire vagaroso y puro+.
Así dijiste, y de su seno oscuro
Con horrible murmurio respondieron
Las ondas a tu voz, y acobardadas
Al llegar a tus nieves eternas
Con respetuoso horror se detuvieron.
De espumas y cadáveres hinchadas,

Mil horribles despojos arrastrando
Hasta tu pie venían,
Y humildes le besaban,
Y allí la furia horrenda contenían.
Jehová entonces su mano levantando,
Dio así nuevos esfuerzos a las ondas,
Que súbito se hincharon,
Y a pesar de tu rabia y tus bramidos
A tus senos ardientes se lanzaron.

Mas aun allí tu cólera temían,
Pues de tu ardiente cráter arrojadas,
Y en vapor transformadas,
Vencer tu resistencia no podían.
Pero Jehová contuvo tus furores,
Y sobre tu cabeza
Con inmortal, divina fortaleza
Aglomeró las ondas espumosas.
Viéndote ya vencido
Por el mar protegido de los cielos,
En tu seno más hondo y escondido
Los fuegos inextintos ocultaste,
Con que tu claro imperio recobraste
Pasados los furores del diluvio.
En tanto de tus senos anegados
Un negro vapor sube,
Que alzando al éter columnosa nube,
Al universo anuncia
Los estragos del húmedo elemento,
De Jehová la venganza y la alta gloria,
Su tan fácil victoria,
Y tu debilidad y abatimiento.

Después de la catástrofe horrorosa
Luengos siglos pasaste sosegado,
Temido y venerado
De la insigne Tlaxcala belicosa.
Jamás humana planta
Las nieves de tu cima profanara.
Mas ¿qué no pudo hacer entre los hombres
la ansia fatal de eternizar sus nombres?
Mira tu faz el español osado,
Y temerario intenta
Penetrar tus misterios escondidos.
El intrépido Ordaz se te presenta,
Y a tu nevada cúspide se arroja.

En vano con bramidos
Le quisiste arredrar; entonces airado
Ostentas tu poder. Con mano fuerte
Procuras de tu espalda sacudirle,
Y haciéndole temer próxima muerte,
Por los aires despides
Mil y mil trozos de tu duro hielo,
Y amenazas con llamas abrasarle,
Y le encubres el cielo
Y la lejana tierra
Con pómez y volcánica ceniza
Que a fuer de lluvia bajo sí le entierra.
Mas él, siempre animoso,
Ve tu furor con ánimo sereno:
Holla tu nieve, y desde tu ancha boca
Mira con ansia tu hervoroso seno.

Mil victorias y mil doquier lograba
El español ejército valiente,
Pero ya finalmente
La pólvora fulmínea les faltaba.
Y su impávido jefe fabricarla
Con el azufre de tu seno quiere.
Hablara así a sus huestes el grande hombre:
*Eterno loor a aquel que se atreviere
A acometer empresa de tal nombre+.
Así dice, y Montaña valeroso,
La voz de honor oyendo que le anima,
Baja a tu ardiente sima,
Y tus frutos te arranca victorioso.

¿Con fuerza te estremeces? ¡ah! yo creo
Que a cólera mi labio te provoca.
De tu anchurosa boca
Humo y sulfúrea llama salir veo.
¿Qué? ¿me quieres decir fiero y airado
Que sólo he numerado
Los terribles ultrajes que has sufrido?
Basta, basta, oh volcán; ya temeroso
El torpe labio sello;
Pero escucha mis súplicas piadoso:
No quieras despiadado
Ser más temido siempre que admirado.
Jamás enorme piedra
De tus senos lanzada
Llene de espanto al labrador vecino;

Jamás lleve tu lava su camino
A su fértil hacienda,
Ni derribes su rústica vivienda
Con tus fuertes y horribles convulsiones;
Que el inextinto fuego
Que en tu seno se guarda
Para siempre jamás quede en sosiego.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban,
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados,
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva el árbol majestoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepetl, sin que el invierno,
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en occidente, que sereno
En yelo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vio a Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde; su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,

De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fue; la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche o el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brotaba mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fue inundada
Por la superstición y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y más oscuro
Se fue tornando; la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente,
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡Yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía,
Con lentitud la sombra se extendía
Del Popocatepetl, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fue mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,

Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir a tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas,
Que fuiste negarán...
Todo parece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fue...
En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar a su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo a par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vio a la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la superstición a quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber fútil y vano
Al cielo, cual Titán, trueno orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...

Entre el orgullo y la flaqueza mía
Con ansia inútil suspirando peno,

Pero ¿qué digo? -Irrevocable suerte
También los astros a morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruina,
A la futura eternidad ligada.

POESÍA

¡Alma del universo, Poesía!
Tu aliento vivifica, y semejante
Al soplo abrasador de los desiertos,
En su curso veloz todo lo inflama.
¡Feliz aquel que la celeste llama
Siente en su corazón! Ella le eleva
Al bien, a la virtud: ella a su vista
Hace que ríen las confusas formas
Del gozo por venir: contra el torrente
Del infortunio bárbaro le escuda,
Haciéndole habitar entre los seres
De su creación: con alas encendidas
Osada le arma, y vuela
Al invisible mundo,
Y los misterios de su horror profundo
A los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡Oh! ¡Cuántas horas
De inefable deleite
Concediste benigna al pecho mío!
En las brillantes noches del estío
Grato es romper con la sonante prora,
Largo rastro de luz tras sí dejando,
Del mar las ondas férvidas y oscuras:
Grato es trepar los montes elevados,
O a caballo volar por las llanuras.
Pero a mi alma fogosa es muy más grato
Dejarme arrebatado por tu torrente,
Y ornada en rayos la soberbia frente,
Escuchar tus oráculos divinos,
Y repetirlos; como en otro tiempo

De Apolo a la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
Y ella de sacro horror se estremecía,
Y el fatídico acento repetía
Del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida
Que llena el Universo: él es quien vierte
En las bellas escenas de Natura
Su gloria y majestad: él quien envuelve
Con su radioso manto a la hermosura,
Y da a sus ojos elocuente idioma,
Y música a su voz, él quien la presta
El hechizo funesto, irresistible,
Que embriaga y enloquece a los mortales
En su sonrisa y su mirar: él sopla
Del mármol yerto las dormidas formas,
Y las anima, si el cincel las hiere.
Él en Fedra, en Tancredo y en Zoraida
Nos despedaza el corazón: o blando,
Con Anacreón y Tíbulo y Meléndez,
Del deleite amoroso nos inspira
La languidez dulcísima: o tronando
Nos arrebata en Píndaro y Herrera
Y el ilustre Quintana, a las alturas
De la virtud sublime y de la gloria.
Por él Homero al furibundo Aquiles
Hace admirar, Torcuato a su Clorinda,
Y Milton, más que todos elevado,
A su ángel fiero, de diamante armado.

Por doquiera este espíritu reside,
Mas invisible. Del etéreo cielo
Baja, y se manifiesta a los mortales
En la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo: tal vez sereno
Vaga en la luz del sol, cuando éste inunda
Al cielo, tierra y mar en olas de oro:
De la música tiembla en el acento:
Ama la soledad: escucha atento
De las aguas con furia despeñadas
El tremendo fragor. Por el desierto
Los vagabundos árabes conduce,
Soplando entre sus pechos agitados
Un sentimiento grande, indefinido,
De agreste libertad. En las montañas

Se sienta con placer, o de su cumbre
Baja, y se mira del Océano inmóvil
En el hondo cristal, o con sus gritos
Anima las borrascas. Si la noche
Tiende su puro y centellante velo,
En la alta popa reclinado inspira
Al que extático mira
Abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella:
Yo de su lauro en el amor palpito,
Y quisiera en el mundo que hoy habito
De mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
Vive eterno, y da vida; los mortales
A quienes genio dispensó el destino,
Ansiosos corren a la sacra fuente
Que tu fogosa inspiración recibe.
El mundo a sus afanes apercibe
Indigno galardón. Cuando los cubre
Vestidura mortal, vagan oscuros
Entre indigencia y menosprecio: acaso
De sacrílega mofa son objeto:
Al cabo mueren, y sus almas tornan
A la fuente de luz de que salieron,
Y entonces, a despecho de la envidia,
Un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brotan, crecen, y ampara las cenizas
Con su sombra inmortal: pero no enseña
A los hombres justicia, y cada siglo
Ve repetir el drama lamentable,
Sin piedad ni rubor. ¡Divino Homero,
Milton sublime, Taso desdichado,
Vosotros lo diréis!
Empero el genio
El infortunio arrostra: sus oídos
Halagan los aplausos que su canto
Recibirá feliz en las regiones
Del porvenir. Su gloria, su desgracia
Excitarán la dulce simpatía
En la posteridad de los crüeles
Que a miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará: las bellas
Con respeto y ternura suspirando
Pronunciarán su nombre: ya centella

A sus ojos la lágrima preciosa
Que arrancarán sus páginas ardientes
A la sensible hermosa.

La ve, palpita, se entenece, y fuerte
De la cruel injusticia se consuela,
Y esperando su triunfo de la muerte,
Al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido
Defenderse de ti, si no ha nacido
Yerto como los mármoles y troncos?
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero...!
Algunas efusiones de mi Musa
Me sobrevivirán, y mi sepulcro
No ha de guardarme entero.
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,
Resonará de Cuba por los campos
De la Fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
El Correggio exclamaba:
*¡Yo también soy pintor!+ -¡Yo soy poeta!

NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada,
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera,
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa;
En Moscow, en Madrid su águila fiera,
En Roma y Viena y en Berlín vio alzada.

¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado.
En un peñasco silencioso expira,
Dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
Clama la Historia, que su genio admira:
*¡No hay opresión, por fuerte, irresistible!+.

SÓCRATES

¡No, jueces, condenéis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante...!
¡Cielos...! El vil Melito, ya triunfante,
La venganza logró por que suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,
Él se demuda, y con igual semblante,
Apurando el veneno devorante,
En brazos de Platón el sabio expira.

Presto remordimientos dolorosos
Atenas siente, y su crueldad gimiendo
Maldice, y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos
A la virtud sagrada, persiguiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

CATÓN

De Roma esclava defensor Augusto,
De Utica en la ribera miserable,
Opónese Catón inexorable
A César vencedor y Jove injusto.

Ajeno de furor, libre de susto,
Contempla su destino inevitable:
De la tierra el señor bríndale afable
Su favor y amistad; mas él, adusto,

*Desprecio+, clama, *tu piedad. Mi vida
Al Hado vil justificar pudiera
Que tu ambición y crímenes corona+.

Dice, y rasga su pecho: por la herida,
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver a César abandona.

PLACERES DE LA MELANCOLÍA

Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor.
-QUINTANA.

FRAGMENTOS

I

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores
Dirigir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
La enajena tal vez, y breves horas,
En ilusiones férvidas perdido,
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
Lució a mis ojos, y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,
En todos sus placeres y deseos
Al extremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto
Siguió a los goces y delirio mío
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de otoño al sol brillante
El del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuitado:
Agitarse y sufrir, después que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su excesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.
¿Qué hará el triste? Las flores de la vida
Al soplo abrasador de las pasiones
Marchitas sentirá. Doquier que mire
Será el mundo a sus ojos un desierto,
Y el misterioso abismo de la tumba
Será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestosa noche
Sólo distingue entre su denso velo
El mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil Melancolía,
Serás bálsamo dulce que suavice
Su árido corazón y le consuele
Más que el plácido llanto de la noche
A la agostada flor. Yo tus placeres
Voy a cantar, y tu favor imploro.
Ven: tonos blandos a mi voz inspira;
Enciéndala tu aliento, y de mi lira
Tiempla con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién, en adversa o próspera fortuna,
No se abandona al vago pensamiento,
Cuando suspira de la tierra el viento
Y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
Su corazón, y con placer llevarse
A mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor? ¡Con qué deleite
En los campos bañados por la luna
Siguen nuestras miradas pensativas
La sombra de las nubes fugitivas
En océano de luz puro y sereno!
¿Qué encanto hay en la calma de la noche,
Del hondo mar en la distante furia,
Que halaga al corazón? Melancolía,
Tú respiras allí: tu faz amable,
Velada entre vapores transparentes,
Sonríe con ternura al que en tu seno
Busca la paz, y al que de penas lleno
Se acoge a ti, con mano compasiva
Del rostro enjugas el sudor y llanto
Mas la disipación furiosa, en tanto,
En sus bailes y juegos y festines
Hace beber de tedio triste copa,
A los que por su halago seducidos
Buscan entre sus pérfidas caricias
Gozo y felicidad. Mustios, rendidos,
Maldecirán al sol, y a sueño ansioso
La frente atormentada reclinando,
La suerte trocarán del bello día.
¡Ansia falaz, funesta, cómo impía
Me desecaste el corazón! ¡Oh tiempo
De ceguedad y de furor...! Insano,
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbación... Empero
A mis ojos el sol brilla más puro

Desde que ya, más cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusión perdí el encanto,
Pero hallé de la paz el bien seguro.

II

Dulce es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz Melancolía.
Desde la infancia venturosa mía
Era mi amor. Aislado, pensativo,
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera,
Mil pensamientos vagos, tumultuosos
Me agitaban también; pero tenía
Deleite inexplicable, indefinido
Aquella confusión. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en occidente reflejaba
La noble imagen en columna de oro,
Yo en éxtasis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los pedantes,
Azotes de la infancia, que querían
Subyugar mi razón a sus delirios,
Fieros amenazándome decían:
*Este niño holgazán y vagabundo
Siempre necio ha de ser+. Y yo temblaba,
Mas no los maldecía,
Sino de ellos huía,
Y en mi apacible soledad lloraba.

III

¡Oh! ¡Si Dios, de mis males apiadado,
Las alas de un espíritu me diera!
¡Cuál por los campos del espacio huyera
De este mundo tan bello y desdichado!
¡Oh! ¡si en él a lo menos me ofreciera
Una mujer sensible, que pudiera
Fijar mi corazón con sentimientos

Menos vivos tal vez, menos violentos
Que los que enciende Amor, pero más dulces
Y duraderos! En su ingenua frente
El candor y la paz me sonreirían:
De este exceso de vida que me agobia
Me aliviara su amor. Su voz piadosa,
De aqueste pecho en la profunda herida
Bálsamo de consuelo derramara,
Y su trémulo acento disipara
Las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnación de mi ideal esposa,
¡Cómo te adoraré...! No por más tiempo
Me hagas ansiarte y suspirar en vano:
Mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay! ¡Ven, y escucha mi rogar piadosa...!

IV

¿Quién placer melancólico no goza
Al ver al tiempo con alada planta
Los días, los años y los siglos graves
Precipitar en el abismo oscuro
De lo que fue? Las épocas brillantes
Recorro de la historia... ¡Qué furores!
¡Cuadro fatal de crímenes y errores!
Doquier en sangre tññense las manos:
Los hombres fascinados o furiosos
Ya son juguetes viles de facciosos,
Ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos a pueblos el dominio ceden;
Y del orbe sangriento, desolado,
Desaparecen, como en mar airado
Las olas a las olas se suceden.
De Babilonia, Menfis y Palmira
Entre los mudos restos, el viajero
Se horroriza de ver su estrago fiero,
Y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
Vuestro nombre y desdicha? Circundado
Por tenebrosa nube un hemisferio,
Ocultábase al otro: mas osado
Forzó Colón el borrascoso imperio
Del Océano feroz. La frágil nave

Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba: la vil chusma,
Pálida, yerta, con terror profundo,
A la patria querida
Tornaba ya la resonante prora,
Cuando a sus ojos refulgente aurora
Las playas reveló del Nuevo Mundo.

¡Hombres feroces! la severa historia
En páginas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el Templo del Sol, y el trono altivo
De Acamapich... Las infelices sombras
De los reyes aztecas olvidados
A evocar me atreví sobre sus tumbas,
Y del polvo a mi voz se levantaron,
Y su inmenso dolor me revelaron.
¿Dó fue la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó?... La hiere
Del vencedor el hierro furibundo:
Tiembra, gime, perece,
Y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber infatigable,
Del Tíber, del Jordán y del Eurotas
Las aguas beberé, y en sus orillas,
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones,
Me daré a meditar: altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolación: ¡cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiración pura y solemne,
¡Oh Musa del saber! mi voz anime.
Y tú también, genial Melancolía,
Me seguirás doquiera suspirando,

O en mi lecho tu frente reclinando,
Harás a mi descanso compañía.

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria
De los que amamos, cuando ya la muerte

A nuestro amor los arrancó! La tumba
Encierra las inmóviles cenizas;
Los ligeros espíritus pasean
En el aire sereno de la noche
En torno de los que aman, y responden
A sus dulces recuerdos y suspiros
En misteriosa comunión. Creedme;
No lo dudéis: por esto son tan dulces
Las solitarias lágrimas vertidas
En la tumba del padre, del esposo
O del amante, y el herido pecho
Ama su llanto y su dolor piadoso.
¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
De Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas,
Desde el momento que cerró tu vida,
Por mí pasaron, llenas de amargura
Y de intenso dolor! Sombra querida
Del mejor de los padres, en el cielo
Recibe de mi pecho lastimado
La eterna gratitud. Mi dócil mente
Con atención profunda recogía,
De tu boca elocuente en las palabras,
El saber, la verdad: aun de tu frente
En la serena majestad leía
Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
De mi pecho impaciente reprimías
El ardimiento, la fiereza...! El cielo
Contra el ciego furor de los malvados
Sirviéndote de asilo, me dejara
Entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos
Iré a morir en tu sepulcro, y junto
A tu polvo sagrado
Reclinaré mi polvo atormentado,
Que al eco de tres sílabas funestas
Aun allí temblará. Mas tu memoria
Será, mientras respire, mi consuelo,
Y grato y dulce el solitario llanto
Que la consagre, más que gozo alguno
Del miserable suelo:
¡No me abandones, padre, desde el cielo!

¡Patria...! ¡Nombre cual triste delicioso
Al peregrino mísero, que vaga
Lejos del suelo que nacer le viera!
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes
Vendrá feliz a regalar mi oído?
¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen
Hasta perderse! No: nunca los campos
De Cuba parecieron a mis ojos
De más beldad y gentileza ornados,
Que hoy a mi congojada fantasía.
¡Recuerdo triste de maldad y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mía,
Redobló la Fortuna sus rigores,
Y de persecución y de furores
Pasó tronando el borrascoso día.
Desde entonces mis ojos anhelantes
Miran a Cuba, y a su nombre sólo
De lágrimas se arrasan. Por la noche,
Entre el bronco rugir del viento airado,
Suena el himno infeliz del desterrado.
O si el Océano inmóvil se adormece
De junio y julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,
Como en huerta de escarchas abrasada
Se marchita entre vidrios encerrada
La planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
En mis manos ¡oh lira! te rompiste.
¿Cuando sopla del norte el viento triste,
Puede algún corazón no estar helado?
¿Dó están las brisas de la fresca noche,
De la mágica luna inspiradora
El tibio resplandor, y del naranjo
Y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas, que flotando
En el azul sereno de la esfera,
Islas de paz y gloria semejaban?
Tiende la noche aquí su oscuro velo:
El mundo se adormece inmóvil, mudo,
Y el aire punza, y bajo el filo agudo

Del yelo afinador centella el cielo.
Brillante está a los ojos, pero frío,
Frío como la muerte. Yo lo admiro,
Mas no lo puedo amar, porque me mata,
Y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del norte, y a los campos
De mi patria querida
Lleva mi llanto, y a mi madre tierna,
Murmura mi dolor...

VII

A ti me acojo, fiel Melancolía.
Alivia mi penar; a ti consagro
El resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable;
Ya nos renueves los pasados días,
Ya tristemente plácida sonrías
En la pálida frente de una hermosa,
Cuando la enfermedad feroz anuble
Su edad primaveral. Benigna diosa,
Tu bálsamo de paz y de consuelo
Vierte a mi alma abatida,
Hasta que vaya a descansar al cielo
De este delirio que se llama vida.

Al Cometa de 1825

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas e inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo:
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano

Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
O una funesta rebelión te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas,
Y tan cerca del Sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atracción ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte ledó,
Elévome al Criador; mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan sólo ahora
En mi alma dejas impresión profunda.
Ya de la noche en el brillante velo
De mi niñez en los ardientes días,
A mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira,
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del Destino se abra
Una sangrienta página de ira.
¡Entonces, furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruidos,
Llevarán el terror a otro sistema...!
Tente, Musa: respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,

Y a millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

A SILA

Triunfante Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas giró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fue tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato
Demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,
El senado magnífico de reyes
Que al Orbe sometido impuso leyes,
Prostituyó el poder, vendióse al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,
Capaz de esclavitud, no de obediencia,
Enmudeció temblando en tu presencia
A fuerza de furor y proscipciones.

No fuiste vil por opresor: en vano
Quisieras libertad: sólo veías
Crimen y esclavos. En tan negros días
Yo hubiera sido como tú tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
Más que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,
La libertad tu esfuerzo generoso:
Tú no faltaste a tu valor glorioso;
Faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira.
Y a los ojos del mundo que te admira,

Aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre a los romanos
Saludable lección. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombro
A facciosos, cobardes y tiranos.

LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

En los climas brillantes do Natura
Más pródiga derrama sus tesoros,
Habitaban los indios ignorados;
Y eternamente en derredor ceñido
Por océano profundo,
Ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado
Le buscaba Colón. Embebecido,
Meditaba en su gloria venidera,
Mientras del este rápido impelida,
De destinos preñada,
Iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros
Va creciendo el pavor. Un mar furioso,
Navegado jamás, de mil terrores
Llena su atormentada fantasía.
Uno, el más atrevido,
Les habla así con tono dolorido:

*¡Compañeros de afán! Cuarenta veces
Hizo su giro el sol, sin que veamos
Las costas de la tierra codiciada
Que nos anuncia el infeliz piloto,
A quien ciegos creímos,
Cuando anhelantes por el mar partimos.

En vez de las riquezas y la gloria
Con que nos halagó su falsa lengua,
Vemos muerte doquier. ¡Miseros! nunca
Gozaréis las caricias filiales,
Ni en languidez dichosa
El dulce beso de la casta esposa.

Doquiera vuelvo en derredor los ojos,
El horizonte vago recorriendo,
Encuentra sólo mi turbada vista
De tempestades hórridas cargado
Un cielo triste y denso,
Y en este oscuro mar sepulcro inmenso.

Nunca, nunca la altura en que vagamos
Miró ningún mortal. Ved cuál se turba
Ya trémulo el imán y vacilando
A tanta inmensidad, nos abandona
Bajo este ardiente cielo
A errar sin esperanza ni consuelo.

Y al cabo a perecer. Hambre rabiosa,
Sobre nosotros lanzaráse presto
A finar en tormentos nuestra vida,
Si antes no hallamos muerte menos dura
En escollos clavados,
O del fuego celeste fulminados.

Y ¿os obstináis en ceguedad funesta,
Sordos ¡ay! a la voz del desengaño?
¡Vil seductor! ¿A su codicia insana
Nos hemos de inmolar? Alzad, amigos,
Y la muerte evitemos,
Y a la patria dulcísima tornemos+.

Dice, le aplauden, y sonando el eco
Revuelve por el aire y oceano
El extraño clamor, mientras en la popa,
El cobarde murmurio despreciado
De la chusma impaciente,
Alza Colón imperturbable frente.

CONTEMPLACIÓN

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,
Firmamento sin límites! Doquiera,
En el puro horizonte iluminado
Por la argentada lumbre de la luna,
Te asientas en el mar. Las mansas olas,
Del viento de la tierra al blando soplo
Levemente agitadas, en mil formas

Vuelven la luz serena que despide
La bóveda esplendente, y el silencio
Y la quietud que reina en el profundo,
Llevan el alma a meditar.

¡Oh cielo,
Fuente de luz, eternidad y gloria!
¡Cuántas altas verdades he aprendido
Al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes días
Mi padre venerable me contaba
Que Dios, presente por doquier, miraba
Del hombre las acciones, y en la noche
El cielo de los trópicos brillante
Contemplando con éxtasis, creía
Que tantas y tan fúlgidas estrellas
Eran los ojos vivos, inmortales
De la Divinidad.
Cuando la vista
A la región etérea levantamos,
Atónitos en ella contemplamos
Del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
Se abre un abismo indefinible: el pecho
Con suspirar involuntario invoca
Una felicidad desconocida,
Un objeto lejano y misterioso,
Que del mundo visible en los confines
No sabe designar. La fantasía
Al recorrer la multitud brillante
De soles y sistemas enclavados
En su gloriosa eternidad, se humilla
Ante el Creador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
Esta celeste fábrica, y los astros
En elíptico giro precipitan,
No desdeñan del hombre la miseria,
Y con profundo universal acento
Le dictan su deber. En todo clima,
Del polo al ecuador, su voz augusta
Beneficencia y paz impone al hombre,
Que de pasiones fieras agitado
Turba con su furor el triste globo,
Y a error, venganza y ambición erige
Sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
Que en los humanos pechos colocaste
La semilla del bien, la mente mía
De la santa virtud por el sendero
Dígnate dirigir: abre mi oído
Al grito del dolor; haz que mi seno
De la tierna piedad guarde la fuente,
Y a la opresión, al crimen insolente,
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

PROGRESOS DE LAS CIENCIAS

¡Fragmento!

La Física incansable, indagadora,
Analiza la gran Naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático a despecho,
Consagrados errores disipando,
Su libertad reivindicó a la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
La noble frente a Júpiter sublime
Coronó de satélites, y a Febo
Sentó en inmóvil refulgente trono.
El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando
Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro, humilde
Obedeció del sabio los decretos.

Toricelli, Pascal, su peso miden
A la impalpable atmósfera: encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda
Hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fulgente corona, y concentrado

Se arma feroz de innumerables puntas,
Y a los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace girar en su órbita la tierra,
Y, de ella en pos, a la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado,
Revuelve sus anillos misteriosos,
Que oculta o muestra: Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio
Busca del norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,
Fija su rumbo al navegante incierto.
El agua, del calor atormentada,
O al choque de la eléctrica centella
En diferentes gases convertida,
A la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito, a los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atracción del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
Del galvanismo al poderoso impulso,
Tiembla y se agita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsión, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio mágico en el seno,
Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
A la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos,
La Química sorprende a los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La acción devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandece,
Entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo
Hinche ligero gas: en él suspenso
Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Muy más allá de su región oscura
Bebe del sol purísimo la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

ATENAS Y PALMIRA

Al contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas que otro tiempo
Oyeron de Platón la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente.
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles
En diluvio de luz el sol inunda.
Entre tantas bellezas, majestosa,
Con marmóreo esplendor domina Atenas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer más puro y más sublime
El solitario y pensador viajero
Que a la luz del crepúsculo sombrío,
Entre un océano de caliente arena
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolación inmensa! El obelisco,
Cual roble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas del marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados

Crece los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la yerba silenciosa.

Doquier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

MISANTROPIA

Entre deseos férvidos y penas
Y tedio y duda fúnebre vagamos:
*Tan sólo sé que todo lo ignoramos+,
Dijo el mayor filósofo de Atenas.
Y dijo bien: el hombre miserable
Nace para sufrir, y desmentida
Queda la vana charla de los sabios
Por el grito doliente que sus labios
Lanzan en los umbrales de la vida.
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto
Por siempre lucha con dolor y crimen,
Y está por mil deseos abrasado,
O bien suspira, por el tedio helado.
Ni el sangriento laurel de la victoria,
Ni el engañoso brillo de la gloria
Endulzan ¡ay! su lamentable suerte.
¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado
La triste decepción de los placeres,
Y en la razón estéril apoyado,
Con vanas discusiones
Establecer intenta sus deberes,
Halla sólo doquier contradicciones,
Y decidir no puede con certeza
Do acaba la virtud, y el vicio empieza.
La misma inspiración modificada

Es crimen o virtud, noble o perversa.
Así la llama del valor divina
Que un semidiós eleva en Decio fuerte,
Respira sangre, asolación y muerte
En el abominable Catilina.

Yo vi al pueblo furioso,
De pérfido tirano
Frenético besar la cruenta mano,
Y bendecir su yugo pavoroso.
¡Ay! de sus defensores al suplicio
Vile aplaudir con vértigo funesto,
Apellidar flaqueza la templanza,
Y sublime virtud y santo celo
Por el honor del Cielo,
El odio vil y bárbara venganza.
Por estúpidos brazos manejadas,
Vi ¡oh baldón! a las armas vencedoras,
De independencia ya conquistadoras,
En discordia civil ensangrentadas.
Justicia, humanidad, atropelladas
Vi de la patria en el sagrado nombre:
Como tigres o furias irritadas,
Doquier vi al hombre perseguir al hombre.
Doquier la demagogia sanguinosa,
Cual hidra ponzoñosa,
La multitud escuálida subleva;
A desgarrar el seno de la patria
Con furibunda ceguedad la lleva;
Y maldiciendo el yugo de los reyes,
Cubre de fango, lágrimas y sangre
La Libertad y las holladas leyes.
De Californias al opuesto polo
Pululan ¡ay! los crímenes insanos:
¡Veo cien mil demagogos, mil tiranos,
Y ni un patriota solo...!

¡Oh Civilización! ven asentada
En el carro del Tiempo silencioso,
Y reanime tu soplo delicioso
Del mundo yerto la beldad ajada.
De opresores plebeyos y reales
Caiga la destructora tiranía,
Y al trono fiero y libertad impía
No cerquen bayonetas y puñales.
Cuarenta siglos de furor y males

Instruyan ¡ay! al hombre.
La santa Religión su voz anime,
Y fulminado el iracundo Marte,
Despliegue triunfadora el estandarte
De tolerancia y de moral sublime;
Y en sus ejes eternos afirmado
Con reposo profundo,
goce justicia y paz el triste mundo.

A LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

¡Escollo vencedor del tiempo cano,
Isla en el mar oscuro del olvido,
Misterio entre misterios distinguido,
De un inmenso arenal gran meridiano!

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y ponderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolación trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fue con la futura:
¡La voz de lo pasado en ti murmura,
De una tierra ya muda escombros vanos!

¡Qué triunfos, qué desastres, qué mudanzas
Has presenciado! ¡Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre...!
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado:
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el abismo mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia.
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,
Empaña el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, a un punto reducida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,

Y su esperanza en polvo convertida...?

Cuando tu incierto origen indagamos,
Escribe en ti, cual en funérea losa,
El irónico Tiempo: *Obra gloriosa
De monarca potente -que ignoramos+.

FIN

